

APR. 1895

### CAPITULO TERCERO

*Marzo.*

Para mucha gente que sale poco de casa y que, por pereza, por exceso de edad ó por achaques, no se sirve apenas de las piernas, el tranvía ha venido á ser el único medio de comunicación con el mundo y el único puente movable que les une todavía con la ciudad, dentro de la cual viven solitarios. Unos hacen en el tranvía sus viajes higiénicos de «ida y vuelta» ó de «circulación» como les llaman, para aspirar una bocanada de aire; en el tranvía buscan el placer de la conversación, hacen sus conocimientos, recogen noticias, ven á veces á algunos de los amigos antiguos, y cuando vuelven á casa no hablan sino de la gente que han encontrado y de los accidentes presenciado durante su viaje, como si para ellos no hubiese más sociedad que aquella que corre desde las siete y media de la mañana á las diez de la noche sobre la gran red de hierro de las compañías belga y turinesa. Puedo decir, sin alarde que he formado parte de esa familia durante todo el tiempo que empleé en escribir mi libro. Aun estando en mi casa, pensaba á menudo en

las personas que acostumbraba á encontrar en los tranvías, y cuando pasaban los coches por debajo de mis balcones, y oía el ruido que producen, aparecían ante mí, como en un cinematógrafo ideal, las imágenes de todas las gentes que había conocido durante mis trayectos, y me parecía conocer y reconocer á todos aquellos pasajeros que en aquel momento corrían la posta por la calle. El tranvía era para mí lo que para algunos viejos el café, al que van para interrogar la opinión pública y para conocer los acontecimientos del día. Cuando el 2 de Marzo llegó á mí la primera noticia del desastre de Abba Garima, corrí á mi café ambulante, deseoso de observar el efecto que había producido entre la gente aquel acontecimiento terrible.

Tomé el carruaje de Carlin en la línea de Martinetto. Iban dentro seis ó siete caballeros que leían periódicos, sin mirarse unos á otros, como si cada cual temiese adivinar en el rostro de su vecino alguna noticia peor de la que ya había leído; todos demostraban, además del dolor que sentían, una amargura desdeñosa, una indignación sorda que me pareció la venganza y la vergüenza de la credulidad estúpida del entusiasmo callejero que se había manifestado durante tanto tiempo por culpa del ministerio y de la cual salían bruscamente aquella mañana como sale un hombre del sueño que le ha producido la embriaguez: todos callaban; el carruaje parecía un gabinete de lectura de hipocóndricos. Únicamente Carlin estaba agitado. Cuando se llegó á mí en la plataforma, con su rostro más triste y tímido que de ordinario, arrancó con ira el billete del talonario, diciendo:

—¡Torpeza! ¡Torpeza!

Palabra que sin duda había tomado de un diario cualquiera.

—¿Qué se podía esperar de una dirección semejante?

Veíase claramente, según él, la bestialidad imperdonable de no haber cogido al enemigo entre dos fuegos, cuando todavía era tiempo. Pero parecía consolarse afirmando, de ciencia propia sin duda, que nuestra artillería había hecho estragos inauditos, tenía gran fe en el mayor Prestinari y esperaba también milagros de Baldissera, que de fijo los habría «reventado» á todos... ¡Pobre Carlin! Toda su persona desmadejada hervía en ansias de guerra y venganza. Quería enviar acto continuo, cien mil, doscientos mil, cuatrocientos mil hombres y hasta el último cañón de nuestros arsenales para acabar con aquellos negros, con aquella canalla. Y diciendo estas palabras, continuaba arrancando vigorosamente billetes y más billetes, como si hubiese arrancado tiras de pellejo al Negus.

Durante algunos días no conocí objeto más digno de admiración que aquel conductor. Descubrí, sin embargo, que no era un africanista ardiente, ni un entusiasta de las ciencias, sino un observador de sus semejantes. Estando al servicio de los tranvías desde hacía algunos años, conocía gran número de personas que viajaban por todas las líneas y sabían las horas en que subían y los puntos en que bajaban; su condición social y los negocios que hacían, observándolo todo con ojos escrutadores. Y se comprende que aquel continuo subir y bajar de gentes conocidas y desconocidas, y aquellos millares de fragmentos de discursos que oía á la buena de Dios durante todo el día, le divertían soberanamente. Un día me lo confesó:

—Si se ganase un poco más y si trabajara uno

un poco menos, le confieso que esta profesión sería de mi gusto.

Era uno de esos hombres de imaginación viva y ardiente, para los cuales el espectáculo del mundo es un verdadero placer. A cada discurso que oía, á cada razonamiento, abría el oído, aplicaba la inteligencia, recogía las frases, tomaba las noticias y, bien ó mal, se hacía cargo de las ideas, después las rumiaba en silencio, y por último, las volví á verter transformadas de tal modo, que los pasajeros que las oían quedaban admirados y creían imposible que un hombre que vivía en una esfera tan humilde, pudiese concebir ideas tan por encima de su condición social: Siempre serio y con la frente arrugada, cuando entraba en el coche alguna mujer elegante, pero equívoca, guiñaba el ojo y movía los labios, dándose el aire de un conocedor fino y profundo de aquel género femenino. Para trabar conversación con los pasajeros, soltaba de cuando en cuando algunas palabras; si aquéllos le contestaban, seguía hablando sin interrupción; si no, parecía que no hubiese dicho ni una sola frase, y continuaba mirando hacia el horizonte, como si tal cosa. Para los conocidos, tenía mayor franqueza, y cuando subía alguno, y sobre todo cuando bajaba, en voz baja los iba nombrando:

—Ese es el secretario del Ayuntamiento, el que se cuida de todo: es una gran cabeza.—Esa es la señora Maldata, la «prima donna» del teatro piemontés, que sube todos los días para ir al «Rosini» al ensayo.—Este es el señor Benotti, el veterano del 48, que va al café de Londres... con el perro.

Benotti era uno de los pasajeros habituales de la línea; le había visto subir muchas veces junto al número 43 de la calle de Garibaldi; llevaba

siempre en el ojal la cinta de la medalla conmemorativa; tenía setenta y ocho años y aprovechaba todas las ocasiones para hacer conocer su edad y su condición. Cuando subía, se excusaba de su tardanza, diciendo:

—A los setenta y ocho años no se puede andar deprisa.

Cuando los vecinos sonreían de la prisa con que se aferraba con ambas manos á las barras de la plataforma, sonreía también y decía:

—No es extraño... tengo setenta y ocho cumplidos.

Era un viejecito simpático y cortés, á quien una obesidad incipiente daba un aspecto de gran bondad. Sonriente con todos, y especialmente con los niños, acariciaba las mejillas de éstos con la mano, cuando se encontraba en brazos de su madre. Expansivo á más no poder, aun cuando nadie le oyera hablar por su cuenta, aprobaba con la cabeza lo que decía con la boca. Andaba un tanto encorvado, pero se enderezaba de cuando en cuando alzando la frente, y miraba con altivez hacia adelante, cuando recordaba alguna de sus antiguas proezas y batallas. Esto duraba pocos momentos, sin embargo. Luego volvía á encorvarse y empezaba de nuevo su soliloquio, contento de sí mismo y de los demás, observando el efecto que producían sus palabras. Tenía un perrillo que llamaba Cinchetto, muy gruñón y con la cola corta, que le acompañaba continuamente. Como no subía en el tranvía, siempre iba detrás del coche, corriendo y ladrando cerca de la plataforma, y levantando á cada momento su cara inteligente para mirar á su amo; éste, por su parte, le miraba sonriendo amorosamente y le buscaba con ojos inquietos volviendo la cabeza á diestra y siniestra al paso de todos los carruajes que por un instante le ocultaban. Se comprendía en se-

guida que aquel perro era para él un amigo, un consuelo en la vida, la sola compañía que durante muchos años y durante mucho tiempo había tenido en el mundo. Era aquel buen señor un poco sordo, pero tan cortés, que asentía siempre con la cabeza sonriendo á cuantas personas le hablaban, aunque no las entendiera del todo, y prolongaba el acto de aprobación, aun cuando ya no hablaran, con un aire de atención profunda. Fué uno de esos casos, de los cuales algunos se burlan, lo que hizo que yo, por simpatía, escribiese su nombre en la lista de mis personajes...

\*  
\* \*

Marzo, sin embargo, no se anunciaba bien. Parecía que el desastre de Alba Garima hubiese dispersado todos mis conocimientos; pasaban los días y en ninguna de las tres líneas que habitualmente recorría, aunque lo hiciera desde la mañana hasta la noche, encontraba á mis conocidos; no veía á ninguna persona que mereciese citarse, de esas que llaman la atención y pudieran dar amenidad á mi libro. Me faltaba la materia. Entonces se apoderó de mí una idea triste. Creía haber fundado un edificio sobre una ilusión. Imaginé que la realidad no bastaría á dar interés al libro que intentaba escribir, y pensé que, sin gran trabajo por mi parte, sin dar alas á la fantasía, no podría acabar el tomo empezado. Y de día en día, convirtiéndose la duda en certeza, estuve á punto de renunciar otra vez á mi propósito, sintiéndome tristemente descorazonado.

Aquellos dos pobres amantes de San Donato me infundieron de nuevo esperanza. Los encontré una

mañana en el tranvía del Martinetto, al llegar á la plaza del Estatuto. Era la primera vez que veía á la muchacha junto á él, y subí en la esquina de la calle de Siccardi. Estaban sentados uno cerca del otro, al lado de la puerta de entrada del carruaje. La primera mirada me reveló una mutación en ambos, en ella particularmente. Tenía un sombrero nuevo, un vestido que nunca le había visto, y no sé qué de sereno en el rostro, de más dulce en la mirada, un ademán de dignidad más profunda y una expresión vaga de amor y de cariño. Hablábanse los dos más libremente, en voz más alta, y sonreían más á menudo, mirándose con un aire de seguridad que antes no mostraban. Habían debido casarse hacía poco tiempo, pero hasta después de algunos minutos de observación, no lo noté. Estaban, en efecto, casados. No había duda alguna. Miré la mano derecha de ella y vi la alianza. Creedlo: se querían... Sentí un vivo placer. ¡Pobre muchacha! Estaban contentos Dios sabe con qué privaciones. Habían ahorrado céntimo á céntimo lo necesario para su vida y para establecer su domicilio en la calle San Donato, porque estaba seguro de que vivían allí y de que debían vivir en una habitación tan pequeña, que tal vez ni siquiera tendría cocina, si es que de cocina no servía el mismo brasero. Veía yo en mi imaginación aquel cuarto piso, amueblado apenas con lo estrictamente necesario; pocos muebles y los más precisos, con una maceta de flores en la ventana y una lámpara de petróleo sobre una mesa pequeña, junto á la cual ella cosía durante la noche, en tanto que él hacía algún trabajo extraordinario de copia, después de haber cenado una mísera ensalada; imaginábame su vida, de la cual podrían contarse los minutos y los céntimos día por día, momento por momento, y hasta

casi las palabras leídas una por una sobre el mismo libro y página por página. Adivinaba yo que aquellos dos seres, que con tan poco debían contentarse en la fiesta de la vida, de cuando en cuando se permitirían el lujo de ir al teatro Alfieri, un par de veces cada mes, pareciéndoles que la entrada general era como una entrada al Paraíso verdadero, al que indudablemente tenían derecho. En aquella existencia obscura y pobre, adivinaba la existencia de un pensamiento común, la espera de un sér deseado que fuera diverso del suyo, hermoso y bello, y que hubiese llenado aquellas cuatro pobres paredes de luz, de alegría, de valor y de orgulloso regocijo. Sí; ciertamente, aquella tenue luz que se transparentaba en el rostro de aquella mujercita, conocedora de su propia fealdad y resignada con el puesto humilísimo que la había dado la Naturaleza entre los seres, era luz de esperanza, el íntimo reflejo de la maternidad que alboreaba ya en el alma antes que el astro existiera; el pequeño sér, no concebido sino en el pensamiento, era amado ya y acariciado; veía ella la forma indefinida, alguna cosa blanca y rosada que se movía en el pequeño cuarto, ó se agitaba á su lado en el tranvía, levantándose sobre sus rodillas y mirándola frente á frente. Como de costumbre, ella se levantó para bajar en la plaza del Castillo; él continuó en dirección á su trabajo. ¡Pobre mujer! Al levantarse hizo un gesto insólitamente vivaz, en el cual puso cuanta gracia podía demostrar su cuerpo tan poco femenino, y claramente se advirtió que aquel acto, que aquel gesto, estaba consagrado por entero á su esposo. Cuando estuvo en el arroyo, en tanto que esperaba que el carruaje acabase de pasar, saludó á su marido con la mano, sonriendo. Era la primera vez que veía aquel gesto:

era un saludo de mujer á marido. Fué para mí la confirmación indirecta del matrimonio.

Al día siguiente, como si aquellos dos seres hubiesen abierto para mí un buen período de observaciones, descubría otro cuadro que me pareció destinado á llamar mi atención durante el transcurso de todo el año. Eran las cuatro de la tarde, cuando subió al tranvía de la línea Vinzaglio, en la calle de Garibaldi, una señora de unos treinta años, morena y hermosa, vestida con mucha gracia, un poco tímida, con dos grandes ojos y una boca de niña. Apenas sentada en un ángulo miró hacia todos lados con rapidez y expresión inquieta, que se apagó inmediatamente. Era una de esas mujeres de las cuales en el momento de verlas puede decirse:—Es una mujer honrada.—Llevaba un sombrero negro adornado con violetas, que armonizaba perfectamente con su rostro, blanco como el de una niña. Después de aquella primera ojeada, no miró ya á nadie, y parecía que se limitase á la observación de los zapatitos de un muchachuelo que tenía sobre la falda una mujer que estaba sentada enfrente. Cuando el tranvía llegó á la calle Roma, y al desembocar en la plaza del Castillo, donde se agrupaban varios jóvenes elegantes para ver desfilar á las mujeres que paseaban por los pórticos, subió, sin hacer parar el tranvía, un guapo y joven capitán de infantería, alto y esbelto, con guantes blancos recién estrenados y con uniforme immaculado, sentándose enfrente de ella. Se miraron un momento y luego volvieron ambos la cabeza hacia la parte opuesta, él hacia el estribo de la derecha y ella hacia el de la izquierda. ¡Qué imprudencia! Si se hubiesen saludado y empezado á hablar, de fijo que no hubiesen inspirado ninguna sospecha. Pero aquel cambio de miradas que dirigieron á su alrededor como para asegurarse

de que nadie les observaba, les hicieron traición. A consecuencia de aquellas miradas subió á las mejillas de la señora un ligero rubor, que por más esfuerzos que hizo para contenerle delataba la agitación de su pecho; pronto desapareció aquel rubor; pero quedó visible la turbación que sentía por no saber qué hacer de los propios ojos, y como notase que la observaban los demás pasajeros, además de sentir como un miedo inconsciente, volvió los suyos hacia la calle, á la cual lanzaba de cuando en cuando miradas furtivas, recorriendo rápidamente todo el trayecto que podían ver desde el tranvía á medida que la carrera del coche avanzaba. Aquella cita en el coche debía ser sin duda la primera concesión hecha al hermoso capitán, después de haber rehusado otras concesiones. ¡Dios sabe para cuántos, aquellas cuatro paredes del tranvía son una especie de antecámara, y no sé yo por qué imaginé en mi mente que aquella señora era la mujer de un empleado en Correos. Ya fuese por una vaga semejanza de rostro, ó por otro recuerdo que no me puedo explicar, el caso es que de momento imaginé ver la cara de su marido inclinada en una ventanilla de cartas certificadas, y aquella imagen me parecía tan clara y precisa como si la hubiera visto, y sentí verdadera piedad al pensar que en aquel momento quizá, á poca distancia suya, el pobre hombre estaba examinando ansiosamente una carta certificada para asegurarse de que los lacres no estuviesen rotos. La verdad es que no hay nada reservado en este mundo. ¡Pobre empleado! Todo es frágil como el lacre y pasajero como una carta. Pero pensé en seguida que no transcurriría mucho tiempo sin que la traidora fuese castigada, porque los ojos centelleantes del capitán, movidísimos y sonrientes como los de un chicuelo, que se fijaban indiferen-

temente sobre los galones de las mangas ó en el cristal de la ventanilla en que brillaba el reflejo argentado de la teresiana nueva, no daban indicios de una gran profundidad de pasión. Y advertí que empezaban ya para ella las torturas y temores del amor criminal. A cada persona que subía á la plataforma, la examinaban ambos á dos, para saber si podía ofrecer algún peligro; á cada pasajero que entraba, sus rostros se oscurecían pensando si alguna cosa podrían temer del nuevo viajero; cada vez que una mirada escrutadora se fijaba sobre ellos, la pobre mujer tenía que refugiar la de sus ojos entre los zapatos del niño que se hallaba enfrente. ¡Ah! señora: es verdad que las cuatro paredes de madera y cristal preservan á la virtud de una gran caída; pero no es menos cierto que aquel recinto lo es de tortura. Entretanto, las miradas de los dos amantes se encontraban de cuando en cuando, y en la llama expirante que brillaba bajo los párpados de ella, que se bajaban rápidos, se advertía que el destino del hombre de la ventanilla estaba decidido. Cuando yo bajé en la plaza Carlo Felice, no quedaban en el carruaje sino cinco ó seis personas. Parecióme que los ojos del capitán decían:—Un importuno menos;—y yo pensé desde el fondo de mi conciencia: dos personajes más para mi obra.

\*  
\* \*

En este punto poco faltó para que por mi parte no diese de mano á todos los pasajeros de que había hablado ya, para dar cuerpo á una idea nueva que de momento se me ocurrió yendo por

la línea de la plaza Emmanuele Filiberto á la carrera de Valentino: la descripción de todos los trayectos á través de Turín; una Guía, sí, una modestísima Guía, pero escrita con amor de hijo y de poeta, en la cual pudiese describir los paseos, barrios, monumentos, colinas, montañas, calles, plazas y callejuelas iluminadas por la luz del sol y que van huyendo ó aproximándose al compás de la marcha del tranvía según troten ó anden pausadamente los caballos que arrastran los carruajes. Cedo la idea á quien la quiera. Hubiese descrito en tal caso y en primer lugar la línea del Valentino, que es la más sinuosa y la que mayores contrastes presenta á los ojos del viajero que la recorre, tanto si es un artista como si es un viajero, tanto si la mira desde el punto de vista práctico, como con ojos de artista. Parten del centro los brillantes pórticos de «Porta Palazzo», y después de un breve trecho de la gran vía Margarita, desde la cual se advierte la alta silueta de los Alpes, éntrase en la tranquila y umbrosa vía de la Consolata, donde se suceden á cortas distancias los fosos de las murallas romanas, y en la que se admira la estatua consagrada por el Consejo Cívico de 1853 á la Virgen abogada de los coléricos, y el obelisco mortuorio del Foro eclesiástico que surge en mitad de la melancólica plaza de Saboya, elevándose en el aire como una imagen de arrepentimiento y tristeza que levanta al cielo su alta aguja. Atravesada la onda rumorosa de la calle Garibaldi, se flanquea el vasto jardín de la Citadella, viéndose á lo lejos cómo Angel Brofferio arenga á la multitud de muchachos que se juntan alrededor de la fuente; se pasa luego cerca de la estatua de Cassinis y se advierte el busto del periodista Borella en la vía Cernaia, donde sonaron las trompas de los primeros franceses del 59, el gran cuar-

tel de Lamarmora, el mascarón antiguo de Micca, y aquí y allá pórticos y jardines que alegran la vista y dan á la ciudad un aspecto encantador. Dada la vuelta por el carruaje á la gran plaza de Venecia, baja por la calle Alfieri, hasta dar con la estatua ecuestre del duque de Génova, entre los palacios multicolores de la plaza Solferino, y corre á lo largo del Arsenal humeante y sonoro, después de haber saludado en la plaza de San Quintín al viejo Paleocapa, adormecido en su gran poltrona de mármol. Después de desembocar en la alegre amplitud de la carrera Víctor Manuel, un poco más allá, á la izquierda, Massimo d'Azeglio dibuja su hermosa cabeza de artista sobre el gran penacho blanco de la fuente, enfrente de la cual se destaca en lontananza el pequeño penacho de Emmanuele Filiberto, y más allá, al final de la vía, en las últimas lejanías, se yergue el monumento á los muertos en Crimea sobre el fondo obscuro de las colinas de Val Salice. Tuerce nuevamente la calle, y atravesando entre multitud de peatones y carros que se aglomeran junto á la estación de la Puerta Nueva, llégase á la plaza donde se juró el año 21 la libertad de Italia, y por la ancha vía se va derecho al río, llegándose finalmente al soberbio castillo de María Cristina, donde los ojos y el espíritu, fatigados de la visión de tantas cosas y del desfile de tantos recuerdos, reposa por un momento admirando la silenciosa soledad del parque del Valentino y la grande línea ondulante de la cima de la Magdalena junto á la Superga, que ostenta una gracia mórbida y ligera que parece que sonríe al espectador.

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFIERI"  
1911

\*  
\* \*

Si para volver á casa no hubiese tomado por casualidad la línea de Borgo Nuevo, quizás hoy no conoceríamos nada de uno de los personajes más originales y simpáticos de los que campean en mi obra. Fué una buena inspiración la que me hizo subir al tranvía que parte del Jardín Botánico. También es esa línea, considerada bajo un aspecto histórico, una de las más bellas. Arrancando de la gran avenida del Parque y recorriendo un gran trecho de la carrera Cairolí hasta pocos pasos de la estatua de Garibaldi, el cual, de pie y erguido, parece que dirige sus miradas hacia la calle de los Mil, y avanza hacia la calle de José Mazzini. ¡Cuántas memorias no históricas acudieron á mi mente pasando ante aquellas callejuelas que desembocan en los alrededores de aquel famoso «jardín del refugio» donde tantos amores suspiraron, donde se forjaron tantas ilusiones y quedaron defraudadas tantas esperanzas! Cierto es que en aquella época cerraban feamente la ciudad los terraplenes formando zig-zag, cortando las calles como bastiones de fortaleza, pero yo tenía veinte años. Por fortuna el tranvía iba deprisa. He aquí la puerta del café de la Perla, donde de jovencito iba yo á sorber un moka apócrifo y á contemplar á hurtadillas á los emigrados ilustres y los periodistas célebres de la capital. He aquí el monumento levantado á la memoria del conde Cavour, erguido en mitad de la plaza Carlina, como un alto fantasma blanco, que se eleva hacia el cielo como un catafalco. He aquí á Lamarmora á caballo, que ame-

naza, sable en mano, á los socialistas que acuden por la plaza Bodoni al Comicio del vecino teatro Nacional, convertido de palestra de las musas, en templo de la utopía roja. Tuercen los rieles por la calle Lagrange, se para enfrente de la casa donde Gioberti exhaló el primer vagido, y el conde Cavour el último suspiro; se desemboca en la plaza Carignano, donde parece que vibra aún en el aire el grito amoroso de Adelaida Ristori y los apóstrofes tonantes de Angelo Brofferio, y poco más allá se refleja la silueta del antiguo Cambo, la estación elegante de los ministros y los diputados de la Meca antigua. ¡Ah, cuán antiguo soy yo también! Para librarme de aquellos pensamientos, volvíme hacia la derecha, pero de repente torné á mirar hacia la izquierda para no ver la librería del editor Pedro Cossa, de aquel bendito Casanova eternamente rubio que podía estar detrás de los cristales y darme envidia ó inspirarme despecho á causa de su juventud siempre invulnerable...

\*  
\* \*

Fué, como dije, una buena inspiración la que tuve al tomar aquella línea, porque llegué á tiempo preciso para subir en la plaza del Castillo al tranvía del Martinetto, en el cual, estando en la plataforma de delante, vi sentada en mitad del carruaje á mi atrevida incógnita del sombrero descompuesto, desafiadora de los fumadores y protectora de las muchachas pobres. Estaba, como siempre, con su inseparable niño sobre las rodillas, y ¡supe al poco tiempo, por casualidad, quién era. Mientras como de costumbre estaba traba-



jando mi imaginación pensando quién pudiese ser, vi en la esquina de la calle Veinte de Septiembre á aquel simpático pintor de que he hablado otras veces y que estaba observando los andares de una señora que pasaba. Llaméle y le hice una seña para que subiese. Sabía yo que conocía á medio Turín y podría satisfacer mi curiosidad. Subió de un salto. Señaléle la señora.

—¡Cómo!—exclamó.—¿No conoce usted á doña *Quijota de la Mancha*?

Como advirtiese que hablamos de ella, la señora nos miró un momento de frente con sus grandes ojos y muy atentamente, pero con expresión de absoluta indiferencia. Se conocía que estaba acostumbrada á saber que se hablaba de ella.

Todo Turín la conocía, según me dijo el joven. La nombró: doña *Quijota* ó *Quijotina* era su apodo. Su marido era ingeniero, rico propietario, y ella causaba su desesperación.

—¡Es una medio loca, una exaltada, como si dijéramos. ¿No recuerda usted haber oído su nombre, hace cuatro años, cuando se vió el proceso de Borgo Nuovo, en que un marido y una mujer mataron á su hijo? Pues esa es aquella señora que un día, al salir de las sesiones de la Audiencia, quiso sacar los ojos á los dos cónyuges, entablado una lucha con los que custodiaban á los procesados, lucha que la obligó á guardar cama. Durante los debates de aquel proceso, no se habló más que de ella y de sus declaraciones apasionadas. Es un alma volcánica, una especie de Santa Francisca de Asis, que poseída de una furia de beneficencia, está en perpetua lucha con su marido, porque de satisfacer su mujer todos sus deseos benéficos, acabarían por entregar al Hospicio público toda su fortuna. Es conocida de todos los pobres de Turín, forma parte de todos

los comités de socorro, es protectora de todos los niños atormentados, de los rocinantes, de todos los gatos callejeros, y es también una eterna víctima de la hipocresía y de la mentira, porque cree en todas las miserias y enfermedades de sus semejantes. Es capaz, en un acceso de caridad, de quitarse el manto en mitad de la calle para echarle sobre los hombros de una anciana y de llevar á su casa un muchacho esmirriado que encuentre en cualquier callejuela. Raro el día en que no hiciese alguna de las suyas. El día primero de año la había visto el pintor, en un tranvía, quitar de la mano de su hijo un hermoso juguete para dárselo á un muchacho pobre que no apartaba de él los ojos, y bajar rápidamente del tranvía para comprar otro á su hijo. Su marido temblaba cada vez que la veía salir de casa; pero, sin embargo, estaba enamorado de ella. Llámamla *Quijotina*, y sería muy hermosa si no tuviese siempre ese rostro alocado y si anduviese con más mesura. Es un buen tipo para usted que describe escenas del tranvía. Es mitad socialista y mitad santa, una socialistoide, como ahora se dice.

En tanto que mirábamos á nuestra jovencita, empezó el pintor á hablarme de la señora de la *combinación* que había visto tres días antes en el ángulo de la carrera Oporto, haciendo señas de parar el tranvía del Foro Boario. Pero, según me dijo, no había sabido nada acerca de ella, y por otra parte, no se ocupaba gran cosa de tal asunto.

—Ahora—dijo,—viajo con otro objeto. Busco mujer—contestó.

Creí que bromeaba; pero lo decía muy en serio, y continuó explicándose así:

—Mi padre quiere que me case. Hace tres meses que durante todas las comidas no habla de

otra cosa, y me amartilla los oídos con su eterno *ritornello*. Se comprende, soy su hijo único... Por lo demás, me inclino también á su parecer; estoy cansado de esta vida imbécil.

Quería saber por qué buscaba mujer en los coches de la Belga ó de la Turinesa, y se lo pregunté.

—Es una idea propia—contestó pausadamente. —Se trata de un caso de familia.

Y me contó que treinta años atrás, un tío suyo, un poco extravagante, pero un diablo lleno de dinero, atormentado continuamente por su madre, que quería de todos modos que se casara, perdida la paciencia, un día le contestó:

—Bueno; pero yo no soy capaz de buscar una mujer, y me caso con la primera muchacha que me encuentre.

Y dicho y hecho: había tomado el sombrero, había salido á la calle, había seguido á la primera muchacha con quien se topó, que era una maestra de un asilo infantil y sin un cuarto. Se casó y había sido afortunadísimo, porque su mujer fué después una madre ejemplar que le había hecho feliz.

—Y luego—añadió,—¿qué es lo que hacen los otros? Concurrén á los salones y buscan entre las familias conocidas. Pues bien: los coches del tranvía vienen á ser una especie de salones móviles, y también en ellos se encuentran familias. Estoy resuelto. No sé en qué línea la encontraré y si en un coche cerrado ó si en una jardinera... Pero esto no importa; estoy cierto de que he de encontrarla en la red. Mi destino dependerá, probablemente, de un billete de diez céntimos, como para algunos la fortuna depende de un billete de lotería. ¿Cree usted que seré el primero?

—¡Quién sabe cuántos matrimonios se han decidido en los tranvías!

Aquí cesó de hablar, para decirme:

—Mire usted allí... Ese es un modelo de eróticos.

Era un pobre hombre encorvado y reseco que usaba unos bigotes cortados á punta de tijera y llevaba una flor en el ojal. Iba sentado entre dos señoras, casi ahogado entre sus mangas enormes como entre dos almohadones, y se las arreglaba de modo que quedaba más ahogado todavía, mostrando en los ojos medio cerrados un aspecto humilde y una dulce beatitud.

—Muchas veces—me dijo el pintor observando al hombrecillo,—este prójimo, jugando con las manos, bajo la protección de las capas de las señoras, se entretiene en tocarlas las rodillas. A veces encuentra algunas señoras tímidas que, para evitar un escándalo, no se atreven á protestar de tales manipulaciones, y hacen como si no las advirtieran; pero otras veces es menos afortunado, y entonces se arma un cisco. Es un juego de azar.

Entonces me acordé que años atrás, el tipo de ese viejo había sido poco menos que epidémico en la ciudad, y me acordé también de que muchos de los sujetos que se le parecían habían acabado por llamar la atención de la policía.

En tanto me decía esto, al entrar en el tranvía en la plaza del Estatuto, una señora que había subido hacía pocos momentos y se había quedado en pie apoyada en la parte delantera, mirando hacia el interior, llamó mi atención. Llevaba vestido negro, con dos grandes plumas de avestruz en el sombrero, su elegante silueta se dibujaba claramente sobre la sombra del monumento del

Fréjus, y su cabeza empenachada se destacaba mejor todavía sobre la blancura de los Alpes, que cerraba el vano superior de la puerta. Aquella figura negra y esbelta, destacándose sobre la claridad del horizonte luminoso, era bellísima.

—¡Oh! qué hermoso cuadro—exclamó el joven con rapidez.

—Fíjese usted—dije,—fíjese, porque ese podría ser el encuentro decisivo.

Movió la cabeza hercúlea y contestó con su seriedad ingenua de muchachote:

—No, no me parece que debe ser ésta la línea de mi encuentro.

Y cuando bajé, me hizo todavía un signo negativo, sonriendo y como queriendo decir que aquel no era el encuentro decisivo.

•  
•

Fué en aquellos días cuando se interrumpieron mis queridos estudios de una manera breve, pero que me contrarió bastante. Entonces era precisamente cuando empezaban á usarse los anuncios en el exterior de los carruajes del tranvía; dentro hacía ya mucho tiempo que estaban admitidos. Inscripciones y figuras pintadas sobre los cristales, cartulinas fotografiadas, avisos de todas formas y colores invadían el techo y las paredes y hacían el efecto de un vocerío discordante, importuno, en el cual parecía dominar un concierto de ofertas y de invitaciones, como si todas aquellas cosas y palabras inmóviles se convirtiesen en personas pensantes y animadas; como si todos aquellos letreros trataran de calzaros, vestiros, enjabonaros, perfumaros, haceros cambiar de casa,

tomar abono á un periódico ó emprender una cura hidroterápica.

Había que añadir á éstos, en aquellos días, otros anuncios de gran extensión pintarrajeados en el techo del coche, abigarrados, con los colores todos del arco iris y con inscripciones blancas y negras en caracteres gruesos, verdaderas muestras de posada y almacenes, legibles á cien pasos de distancia, molestas á los ojos, como una gritería discordante á los oídos, y desentonando del color general de la calle, como gritos agudos en un concierto de voces remisas. Indignéme de que el Consejo comunal hubiese permitido aquella ofensa al buen gusto, y de que se permitiera en el tranvía, como se había permitido, más bárbara y gravemente todavía, en los telones de los teatros. Durante algunos días sentí verdadero horror contra aquel crimen artístico. Al subir á un tranvía parecía que se entraba en un bazar, donde debiera comprarse por fuerza algo y salir de él con la colección de paquetes en la mano. ¡Oh, pobre poesía! Admirar el perfil poético de una hermosa muchacha sobre el cristal que anuncia píldoras laxantes; ver dos jóvenes enamorados que se dan una cita idílica bajo el anuncio de una casa de comidas; dejar volar la imaginación al ver que una señorita de gentil aspecto mira con los ojos en alto, como si advirtiese el perfil del dios Heros en la imaginación, y encontrarse con que lee el anuncio de una nueva pomada para el pelo. ¡Oh feo furor de los anuncios que invaden, recuerdan, atraviesan, envuelven y recubren todas las cosas! ¿No parece que se acerca el día de ver un anuncio de aguas minerales ó de licores reconstituyentes sobre la frente de las estatuas y sobre la tela de las banderas? Pero el estómago civil es tan grande, que acaba por tragárselo todo. La insolencia creciente del anun-

cio, como sucede con todo, atenúa la curiosidad agradable que despertaba en el público la primera aparición discreta. Primero me enteré, luego me pareció indiferente tanto anuncio, y después, poco á poco, casi me gustaron aquellos anuncios escritos, rojos, negros, celestes, verdes, que volaban por todas partes como estandartes desplegados al viento y me recordaron aquellos muros de las puertas en que los locos pegan á las paredes cuantos papeles de color é impresos caen en sus manos. Y aquella jaula volante que, por dentro y por fuera, con palabras, colores, dibujos, frases de beber, comer y leer, que dan consejos higiénicos é invitan á consultas médicas gratuitas, é incitan á las carreras, á las regatas, á las carreras ciclistas, al juego de la pelota y á las exposiciones artísticas, acabará por gustarme, como una viva y extraña creación del espíritu de una gran ciudad fin de siglo, oprimida por los hechos, enardecida por los caprichos, obra de escándalo y de ruido, ansiosa de placer, atormentada de impaciencia y enloquecida por el afán y furia de matar el tiempo y de hacer transcurrir más aprisa la existencia.

\*

\* \*

*Pneumatici Dunlop originali.* He aquí un anuncio que no olvidaré jamás; le veo todavía pintado en caracteres blancos sobre un fondo rojo, como le vi algunos días después de mi encuentro con el pintor, en el primer coche que pasó durante la mañana por la plaza del Estatuto. En aquél encontré á mi buen Giors, que procuraba en vano tararear la «arietta» de la *Carmen*, alegre como

un pájaro. Y encontré también de pie, junto á él, con un saco inseparable, á la pobre anciana de «Pozzo di Strada», que no había visto desde el último día de Carnaval, más triste todavía, más ensimismada que la última vez. Subió juntamente conmigo á la plataforma anterior un joven rubio que trabó en seguida conversación con un caballero acerca del ataque que habían dado los derviches al monte Mocram. Siempre recordaré que dentro había una señora anciana, un guardia municipal y dos caballeros. Era aquella hermosa mañana limpia y fresca; la brisa agitaba un mechón de cabellos grises sobre la frente de la vieja, que según su costumbre miraba los pies del cochero con los ojos entornados, sin cuidarse para nada de cuanto pasaba á su alrededor. Parecióme más diminuta todavía que la última vez, como si pudiese caber en el puño de un muchacho. De seguro que no debía pesar mucho más que el saco, y aquella mañana apenas respiraba, no se daba cuenta de sí misma. Y pensaba, pensaba. ¿Pero qué debía pensar aquella frente dolorosa que no parecía sino que llevase en su centro la marca de un hierro invisible? ¿Cuál era el pensamiento implacable que tenía encorvada aquella cabeza como si la mano poderosa de un gigante se la hiciera doblar sobre la nuca?

Los dos caballeros que charlaban acerca del asalto de los derviches, acabaron por hablar del viaje del soberano de Alemania á la costa de Italia, y el de más edad decía que indudablemente era aquella «una gran cosa», una «atención» que «realzaba nuestro prestigio» después de la batalla de Adua. El joven, después de hablar de la batalla, desdobló una hoja grande de papel y la enseñó á su vecino.

Era una fotografía que representaba el campo Abba Garima; veíanse las montañas del fondo co-

ronadas por las hordas abisinias y llenas de humo; los cañones inflamados que vomitaban fuego; desde una altura sobre otra menores torrentes de hombres armados precipitándose desde las rocas, y en primer término, una confusión feroz: un grupo terrible de fuerzas de artillería y de caballería, de muertos y heridos, y de italianos con los rostros demudados, luchando cuerpo á cuerpo con las lanzas, con la daga y con el revólver, sangrientos y feroces, dando sin saber dónde y derramando sangre por todas partes.

Inclinando la cara hacia la lámina, advertí maravillado que estaba junto á mi brazo la cabeza de la anciana, que saliendo de su inmovilidad de estatua, procuraba ver como yo veía. El joven, cortésmente, acercó hacia la anciana la fotografía, y la puso bajo sus ojos, diciéndola:

—La batalla de Abba Garima.

Ella observó un momento con las pupilas dilatadas, luego contrajo el rostro, cerrando los ojos y enseñó las encías sin dientes. Y en tanto que me preguntaba yo por qué sonreía la anciana ante la vista de aquel horrendo cuadro, se cubrió el rostro con la mano y dió rienda suelta á un torrente de lágrimas que me hizo estremecer. Volvimos el rostro hacia ella, y tomándola uno por una mano y otro por un brazo, preguntámosla con interés qué era lo que tenía. No pudo contestar de momento. Después, entre grandes sollozos, dijo:

—Tenía un hijo...

Y apoyando un brazo sobre la barandilla de la plataforma, dejó caer la cabeza sobre el otro brazo con ademán desesperado, sollozando cada vez más fuerte.

Y fué inútil tratar de consolarla: ni el buen Giors, con su mano vigorosa, consiguió hacerla levantar la frente, que estaba como enclavada so-

bre el brazo apoyado en la barandilla. Los sollozos se sucedían violentamente, y todo aquel pobre cuerpo encorvado estaba sacudido por un llanto infantil que parecía que no iba á cesar nunca. Vertió aquella mujer todas las lágrimas contenidas durante cinco meses, como si toda su vida estuviera concentrada en los ojos, y entre gemido y gemido repetía una palabra que sonaba con acento remiso y dulce, con el acento que emplea una madre cuando habla á su hijo en la cuna, una palabra que no comprendíamos y que se conoce que la había ella repetido muchas veces:—«Giocolin»—nombre del soldado.

¡Pobre madre! Horrorizaban mucho más sus lágrimas y acusaban con mayor fuerza que todas las injurias que los diarios italianos lanzaban en aquellos momentos contra el Gobierno.

Al cabo, Giors consiguió levantarla la cabeza y obtener alguna respuesta. La verdad es que nadie le había dicho que su hijo hubiese muerto, nadie se lo había anunciado; pero el corazón le decía que había muerto y que no le vería más.

—¡Qué dice el corazón!—exclamó Giors conmovido.—¡Pobre mujer! Si no lo sabe de cierto... estará entre los que vuelven; de fijo que le encontrará entre los nombres que vienen en los periódicos.

Pero no; el párroco le había leído el diario y el nombre de su hijo no estaba...

—¡Qué párroco, ni qué diario... no puede entenderse nada en esa confusión! Dios sabe los que se han olvidado... dentro de algunos días quizá vuelva... Vamos, *madre*, es preciso no desesperarse... Estará entre los prisioneros.

Pero la mujer soltó de nuevo el torrente de su llanto. Prisionero quería decir para ella hambriento, torturado, sepultado vivo, peor que muerto.

—¡Demonio de mujer!—repitió Giors.—Espere

un poco... todos los días vuelven hombres, soldados y oficiales... también volverá Giacolin... Todas las madres tienen la manía de no volver á ver á sus hijos y luego llegan.

Después exclamó bruscamente:

— ¡Vaya, no llore tan fuerte, diablo, que se espantan los animales!

Ninguno de nosotros se atrevió á decir una palabra. El joven había desgarrado y lanzado á la calle la fotografía; la anciana continuaba llorando silenciosamente con el rostro entre las manos y parecía más desesperada, inspiraba más compasión al contemplar aquella multitud numerosa, tanta gente que pasaba y se agitaba sin cuidarse de nada. Al llegar á la esquina del Veinte de Septiembre, la anciana tomó el saco entre las manos y bajó. Giors paró los caballos y trató de silbar un trozo de la *Carmen*, pero apareció de súbito una lágrima en sus mejillas, y pasándose la mano sobre los ojos, exclamó con voz ronca:

— ¡Cochina guerra!

\*  
\* \*

Durante muchos días, en todos los coches de todas las líneas vi, con los ojos de la imaginación, aquella pobre anciana, encorvada sobre la barandilla de la plataforma, con el pañuelo de la cabeza suelto y el pelo gris flotando al viento, sacudida de la cabeza á los pies por el estremecimiento que produce la desesperación; y me pareció más trágica la imagen de aquella pobre infeliz, viéndola entre el concierto amoroso de la naturaleza que se manifestaba en todas partes, en la savia de los árboles, en los botones de las flo-

res, en las caricias del cielo y en los ojos de las muchachas. En la plataforma de los tranvías, siguiendo por los siete hermosos paseos que forman un cinturón, al centro de Turín, y por las vías que corren á lo largo del Po y de Dora, se aspiran mil efluvios sutiles, una mezcla de fragancia ligerísima, de hierba fresca, de tierra removida, de campo abierto, y se reciben en la frente y en el cuello caricias mórbidas del aire, que parece movido por un invisible abanico oloroso, que lleva en sus alas los perfumes delicados y puros de bocas virginales, que hacen renacer en el ánimo por breves momentos esperanzas rosadas, recuerdos queridos de la niñez, simpatías olvidadas, propósitos juveniles de bondad, trabajo y vida, recuerdos lejanos de giras, de fiestas campestres y de hermosos sueños tenidos en días felices de la edad más bella. Se muestra el vivo influjo de la primavera en el caballo, más ágil, en el cochero, más alegre, en el conductor, más cortés, en el modo de subir y bajar los viajeros, en el modo de saludar de las gentes más listas y más amables, en los adornos más hermosos y vivaces que llevan las señoras en sus sombreros, de los cuales la corriente de aire que circulaba por las jardineras abiertas, agitaba plumas y flores, llevando al rostro de los pasajeros que iban de pie en el fondo, las ondas de perfumes confusos de chipre y violeta, y los olores más puros é intensos de la juventud femenil.

Durante aquellos días una nueva belleza aparecía cada mañana en los carruajes: muchachas vestidas de blanco que contrastaban en el interior de los bancos entre las otras gentes, como contrastan los lirios y camelias blancas entre un mazo de flores oscuras ó de hojas verdes. Aparecían esas figuras juveniles en todas las jardineras, cubiertas con un velo blanco, al través del

cual veíase bajo una cabeza coronada de rosas y margaritas unos ojos azules, bocas purpúreas, rostros infantiles que hacían contraste graciosísimo con la compostura grave y recogida de aquellas menudas personas, muy tiesas sobre los bancos, con las manos cruzadas sobre las rodillas. De uno á otro lado de la plaza, de uno á otro lado de la calle, á pie y en el tranvía, se advertía el blanquear de aquellas infantiles anunciadoras de la Pascua y de su blancura, resaltaba la idea de los esponsales celestes y del estado de gracia que se encontraba en aquellos grandes carruajes que transportaban intereses mundanos y pecados mortales.

¡Oh, *Carrozza di tutti*, pequeño espejo del mundo, que recoges y aproximas los extremos más lejanos de la sociedad y de la vida! Algunas veces como ésta, tan triste y entusiástica á la vez, ¿cómo podría verse fuera de ti lo que yo he visto durante esos días?

En dos días de lluvia habían salido los carruajes cerrados; pero el sol se esclareció de nuevo y hacia las once de la mañana del último día de Marzo, subí al tranvía de la línea Viali en el momento en que paraba en la plaza de Beccaria y á punto de partir para Porta Palazzo. Había tomado asiento dentro una señora sola á quien veo todavía en mi mente como si la hubiese contemplado durante mucho tiempo en un viaje á través del Océano. Su sombrero arrugado y obscuro tenía un tinte negro mal dado, y esta circunstancia le hacía aparecer más viejo y arrugado. Su rostro triste, en el cual, debajo de dos arcos negrísimos pintados por una mano temblorosa, aparecían adormecidos dos ojos blancos y turbios, unas mejillas flácidas y una boca amarga y contraída por una sonrisa habitual que parecía forzada y casi muerta como la de una más-

eara, ya que la luz de la mirada no le acompañaba. Si aquel rostro no hubiese hablado con bastante claridad, hubieran desaparecido todas mis dudas con el aspecto del tocado: una cinta azul que ceñía el cuello, caía sobre el pecho que un día fué alto y que hoy estaba hundido y se sostenía merced á un artificio de ballenas del corsé, las flores medio marchitas que llevaba sobre el pecho y que aumentaban la expresión de tristeza y de vejez precoz de las líneas de su rostro en las cuales parecía leerse un sentimiento de sordo rencor y de envidia que guardara contra los fantasmas á los que sonreía habitualmente con su boca medio desdentada. Era una de aquellas figuras miserables para las cuales el velo luciente de la juventud transparenta con evidencia terrible y espantosa las abyecciones de la vida, y dentro de la cual la fantasía ve en seguida los cuartos inmundos del lupanar, cafés cubiertos por el humo del tabaco, tabernas con obscuridades siniestras y misteriosas, y camas en las que se advierten cuerpos embriagados y en que relucen los ojos de los heridos y relampaguean los cuchillos que empuñan las malas pasiones humanas.

Apenas partió el tranvía, el conductor entró para entregarle el billete. Sacó la mujer con mano temblorosa una bolsita de lana verde, y de ella arrancó, con mucho esfuerzo, diez céntimos, que el conductor tomó sonriendo. Llegado al final de la carrera del Príncipe Eugenio, el tranvía paró, y en seguida se oyó un murmullo de voces argentinas, y subieron con alegría por una y otra parte del carruaje una porción de muchachas vestidas de blanco, acompañadas de dos señoras, que parecían maestras ó institutrices, y se lanzaron dentro del coche agitando sus velos transparentes, adornados con flores cándidas, como una banda de palomas con las alas desplegadas. Fué aque-

llo como un soplo de primavera, como la luz del alba que de improviso alumbrara aquellas cuatro paredes y un vago olor de incienso, de juventud, de pelo fresco, que parecía llevado por las ondas del aire. Eran las alumnas de un pequeño colegio, que habían hecho la primera comunión é iban á almorzar al campo. Las dos maestras ó institutrices quedaron sobre la plataforma; las alumnas ocuparon en un momento todos los puestos, riendo y bromeando; la mujer del sombrero teñido y mal ataviada quedó entre ellas.

Y entoneces presencié una escena indescriptible. El aspecto de aquella mujer llamó la atención de las más grandecitas, que se pusieron á hablar en voz baja, y al observar su silencio, callaron también las más pequeñas, y naturalmente se volvieron hacia el sitio donde las primeras y todas se fijaron en aquella mujer, en aquella vejez prematura y enharinada, más horrible, precisamente, porque queriendo parecer más bella sobre aquellas ruinas de algo que fué un día, aparecía una máscara de la juventud y de la belleza. En el rostro de las más pequeñas dibujóse una expresión de estupor y como un esfuerzo de atención escrutadora; en la mente de las mayores una sospecha, una inquietud parecida á la que produce la vista de un insecto extraño y desconocido. Miré á la pobre mujer sola entre todo aquel candor de ánimo y de juventud, y vi en su rostro una ligera é instantánea contracción de los músculos, como la de una persona sorprendida al cometer un delito. Lanzó una ojeada rápida á las dos maestras, á mí y al conductor; pero no se atrevió á mirar de frente á las muchachas.

Miró en sus manos el libro de oraciones y los zapatos blancos con una mirada velada y rápi-

da, y luego, después de algunos momentos, viendo que duraba el silencio y la atención de que se sentía objeto, volvió lentamente la cabeza hacia atrás, apoyó la nuca, y como sobrecogida de pronto por un sueño repentino, cerró los ojos.

El conductor, que lo estaba observando con curiosidad, comprendió lo que le había pasado y me miró con aire de inteligencia.

Pero yo por mi parte sentí tal oleada de piedada hacia aquella infeliz, que me hizo desviar la mirada, como si con ella hubiese sentido que la traspasaban con un puñal á través de la madera en que se apoyaba.

En Porta Palazzo despertó bruscamente, y sin mirar á nadie bajó; las muchachas empezaron á charlar y á reir, y el tranvía tomó de nuevo su marcha, alegre y sonoro como una gran jaula de pájaros.